

**Sofía Robles Alonso**  
**Colegio Virgen Blanca (León)**  
**CASTILLA Y LEÓN**



## **LA BRÚJULA**

Lo primero que debo decir es que me lo esperaba.

Nunca me había creído esas historias de fantasía ni los cuentos de hadas, había oído historias de personas a las que les habían pasado cosas extrañas, pero jamás pensé que fuera real.

Me voy a presentar, me llamo Nacho y cuando ocurrió tenía dieciséis años, me crié en las calles de uno de los barrios más pobres de la ciudad de Florencia. Amaba mi ciudad. Pero vivir en una calle llena de ratas, no es lo que se dice, algo agradable. Me ganaba la vida robando, y la verdad es que no me disgustaba. Era un trabajo fácil. Desde pequeño siempre había sido muy bueno con los trastos, sabía cómo desmontar un picaporte en tan solo cincuenta segundos.

Mi vida era sencilla. Ya sé cómo eran los días de los demás niños, sus semanas estaban repletas de días normales, ya sabéis como es un día normal: te despiertas, desayunas, vas al colegio, comes, estudias, te duchas, cenas y te vas a la cama para que el día siguiente puedas hacer las mismas cosas que el día anterior, en definitiva, un rollo.

Mi vida era chulísima, corría por las preciosas calles de mi ciudad natal, huyendo de las autoridades, de los dueños de las cosas robadas, o incluso, de otros ladrones, y todos ellos muy enfadados. Mi vida era perfecta; hasta que se me ocurrió robar en el sitio equivocado o en el correcto, quién sabe.

Durante años, el viejo bar de la esquina, que había sido regentado por un hombre bastante antipático, había estado clausurado debido a un lío, del que yo no tuve nada que ver. La gente de Florencia, decía que ese establecimiento estaba maldito. Que tontería, pensé yo. Estúpido. Eso es lo que fui, un estúpido.

De repente, un hombre anciano abrió el local y estableció en él una tienda de trastos viejos. Todavía recuerdo ese día. Entré por la mañana a la tienda, para ver las posibles entradas y salidas. La tienda no estaba mal, aunque era pequeña. La puerta se encontraba en frente del mostrador y los trastos iban de un sitio para otro, pero era bonita, un desastre pero bonita. En lo que me fijé fue en el hombre, que se hallaba reclinado en su vieja butaca. Sus

rasgos eran suaves y tenía los ojos cerrados, como si estuviera escuchando el sonido del mar. Me dio pena, parecía un buen hombre, pero necesitaba el dinero.

- Hola muchacho - dijo el anciano sin abrir los ojos - ¿Qué te trae por aquí?
- Venía a comprar...- dudé - un espejo.
- Entonces, estás en el sitio apropiado - exclamó levantándose de la butaca. Vendo los mejores espejos de Italia. ¿Cómo lo quieres?
- No comprendo.
- Tengo diferentes tipos, espejos mágicos, malditos, portales...

Decidí que aquel hombre estaba loco, así que le dije una de mis excusas y me fui.

Fui a robar la noche de ese mismo día. Cuando entré miré los trastos, por simple curiosidad.

Lo primero que encontré fue una extraña brújula. En su interior había siete agujas y sustituyendo los puntos cardinales, estaban estampados unos extraños dibujos.

Nunca había visto nada igual, las siete agujas marcaban a un dibujo en el que aparecía un hombre en un pueblecito sujetando esa misma brújula. Como era de oro, no le di mucha importancia y la metí en mi bolsillo. Ya pensaría luego en ella.

- Buenas noches, muchacho. ¿Otra vez por aquí? - me sobresaltó una voz desde la vieja butaca. Eso que acabas de meter en tu bolsillo es la Brújula del destino.
- ¿Cómo? - pregunté extrañado.
- Verás, esa brújula marca tu destino, cuando una persona la toca y aparecen dibujos en ella, significa que esa brújula será suya hasta que los dibujos desaparezcan. Mis dibujos ya desaparecieron, joven. Tu destino está escrito. Espero que te vaya bien.

Esas fueron las últimas palabras que escuché, antes de transportarme, evaporarme, trasladarme, decidlo como queráis.

Entonces era joven, pero han pasado los años y mi vida ha estado marcada por esa brújula que me encontré aquella noche.

Os preguntaréis qué fue de este viejo ladrón, la vida ha sido buena conmigo y como dijo el anciano mi destino quedó escrito. Aparecí en un pueblecito, al norte de Francia, allí me emplearon como cerrajero, también allí fue donde me enamoré y donde se criaron mis hijos.

Es extraño, ¿verdad? He cumplido todos y cada uno de los dibujos de aquel trasto desde entonces las siete agujas desaparecieron junto con la brújula.

Nunca volví a Florencia, pero sigo recordando sus calles, su gente y aquella extraña tienda.

Todavía hoy, me pregunto qué fue de aquel extraño anciano.

